

Responsabilidad e irresponsabilidad en los estudios históricos.

*Una consideración crítica de la dimensión ética
en la labor del historiador.**

Jörn Rüsen

Kulturwissenschaftliches Institut Essen

Resumen: Jörn Rüsen aborda en este texto la dicotomía responsabilidad/irresponsabilidad como elemento constitutivo del trabajo del historiador. A partir de la observación del problema desde tres niveles de responsabilidad (la recepción, representación y proyección del pasado), propone para los historiadores una formulación antropológico-hermenéutica en términos metodológicos con el objetivo de superar el marco de intersubjetividad establecido en la intersección entre pasado y presente, con el historiador y carácter científico y ciudadano en el medio.

Palabras clave: Historiografía, historiadores, responsabilidad, ética, valores, ciencia.

Abstract: Jörn Rüsen approaches the responsibility/irresponsibility dichotomy in this article as a constitutive element of historian's work. From a triple-levelled perspective of responsibility item (reception, representation and projection of the past), proposes to historians an anthropologic-hermeneutical formulation in methodological terms in order to overcome the intersubjectivity frame established between past and present, with historians and its scientifically and citizen oriented features in the middle.

Key words: Historiography, historians, responsibility, ethics, values, science.

* Traducción de Pedro Royo.

*La finalidad de este estudio es
lo humano, nada más.
Humanidad es la virtud
por la que el cielo tiene una
participación en nosotros.
Cui Shu¹.*

Responsabilidad como un reto de los estudios históricos.

La responsabilidad es una relación normativa entre un actor y sus actividades. No sólo está relacionado con las acciones de una persona o un grupo sino también con la omisión de hacer algo. Es una noción esencial de la ley, de la ética y de la moralidad. Enfrenta a individuos y unidades sociales con la expectativa de lo que deberían hacer o no y debieron haber hecho o no. Al mismo tiempo es un punto de vista en el entendimiento y la interpretación de la actividad humana. Diciendo que alguien es responsable por lo que él o ella hace o deja de hacer implica una instancia ante la cual uno se siente responsable o que le hace a uno responsable o reclama la responsabilidad de él o de ella.

Esta instancia exige y concede la justificación. Puede ser un tribunal, una deidad o la propia conciencia. En la cultura moderna la misma historia puede hacer el papel de tal instancia de responsabilidad e irresponsabilidad y de justificación o condena. Tal autoridad de responsabilidad y justificación declara a alguien culpable cuando ha causado daño la otra persona: el culpable debe una compensación y se permite castigar al culpable.

La irresponsabilidad tiene un doble significado: en un sentido objetivo denomina el resultado de una acción de la que el autor no es responsable (e.g. de las consecuencias de una condición que él o ella no pueden conocer y no pueden tener en cuenta). En un sentido subjetivo expresa una evaluación negativa de una acción: una persona o un grupo de gente han hecho algo de lo que son responsables. Mi perspectiva de la irresponsabilidad se focalizará principalmente sobre esta parte negativa u «oscura» de la actuación del hombre.

Hablar de la responsabilidad de un historiador quiere decir confrontar la obra histórica de él o ella con ciertos valores y normas y ponerlo en una relación normativa con otros con los que él o ella viven. Esa responsabilidad enfrenta la obra del historiador con una instancia de justificación, que juzga con un conjunto de normas y valores y que hasta tiene el poder de ejecutarlos por la reacción de aquellos a los que el trabajo histórico va dirigido.

¹ SHU, C.: *Lun Yu Yu Shuo*, citado por QUIRIN, M.: «Kein Weg außerhalb der sechs Klassiker oder doch? Bemerkungen zum Verhältnis von gelehrter Tätigkeit und persönlicher Wertpraxis bei Cui Shu (1740-1816)», *Monumenta Serica*, 42 (1994), p. 389.

¿Cuáles son esos valores? ¿Quién es el historiador y de qué es responsable? ¿Cómo se aplican esos valores y esa responsabilidad en el trabajo histórico? Estas preguntas abarcan todo el campo de las actividades históricas y no pueden separarse de ninguna forma de entendimiento lo que hacen los historiadores. Pero se hacen más interesantes cuando se refieren a los estudios históricos como disciplina académica. En este caso se trata de la cuestión de la objetividad² y respecto al tratamiento de los valores que es específico para el carácter científico (en el sentido más amplio de la palabra) del conocimiento histórico. ¿Las reglas metódicas de la investigación, que buscan la objetividad, disuelven la responsabilidad histórica? ¿O es que el compromiso con estas reglas o con el ideal de objetividad requiere otra responsabilidad distinta de la mencionada arriba?

La objetividad histórica puede describirse como un tipo de verdad producida a partir de procedimientos metódicos de reconocimiento relativos a la experiencia del pasado. La responsabilidad histórica puede ser descrita como otra clase de verdad aportada a través de procedimientos discursivos, relacionados con la función cultural del conocimiento histórico en la vida social. A la primera se la puede llamar verdad teórica y a la segunda, verdad práctica. La cuestión es si se contradicen una a otra o si se confirman y complementan mutuamente. En caso de contradicción el estado disciplinar de la historia ha de ser entendido como irresponsabilidad institucionalizada del pensamiento histórico. En el caso de complementación, las reglas metódicas de la investigación que exigen al historiador la obligación de estricta neutralidad en el tratamiento de la experiencia del pasado, se vuelven dudosas.

Para atenerse a esta incómoda dualidad me gustaría comenzar con un intento de diferenciar tres dimensiones de la responsabilidad histórica. Una de ellas requiere un tratamiento más extenso puesto que contiene el difícil problema de la responsabilidad concerniente al pasado en cuanto tal. A continuación me gustaría comprobar el lugar del principio metódico de objetividad: ¿pertenece al campo de la responsabilidad o empuja más allá el trabajo del historiador? Porque entonces él o ella se librarían de la carga de los compromisos éticos en favor de un nuevo estatus del conocimiento histórico, que ahora está regido solamente por exigencias de la verdad teórica.

Finalmente me gustaría reflejar una posibilidad de mediar entre la verdad teórica y la práctica contribuyendo así a un mejor entendimiento del trabajo del historiador más allá del espacio vacío que hay entre la responsabilidad de la orientación de la vida por la memoria histórica y el valor «neutralidad» del conocimiento histórico válido.

Tres niveles de responsabilidad.

Hay tres dimensiones de responsabilidad en el trabajo del historiador. La primera es aparente: los historiadores son responsables ante sus contemporáneos de cumplir

² RÜSEN, J.: *Historische Vernunft. Grundzüge einer Historik I: Die Grundlagen der Geschichtswissenschaft*, Göttingen, 1983, p. 85 y ss. (versión portuguesa *Razao Historica. Teoria da historia: os fundamentos da ciencia historica*, Brasilia, Editora Universidade de Brasilia, 2001); RÜSEN, J.: «Narrativität und Objektivität», en J. Rösen, *Geschichte im Kulturprozess*, Köln, Böhlau, 2002 (versión portuguesa, «Narratividade e objetividade», en *Textos de Historia. Revista da Pós-Graduacao em Historia da UnB*, 4, 1 (1966), pp.75-102).

con las necesidades específicas de orientación relacionadas con la conmemoración del pasado. Son los abogados de la memoria colectiva y responsables de su orden.

La segunda complementa a la primera responsabilidad del presente: los historiadores son responsables del futuro en tanto en cuanto es una cuestión de su representación del pasado. No hay pensamiento histórico sin una perspectiva más o menos oculta de cambio temporal que conduce al futuro y sirve como un factor que guía la vida humana por medio de las intenciones.

La tercera responsabilidad se refiere al pasado. Los historiadores son responsables de recibir la herencia del pasado. Tienen que hacer justicia a la gente del pasado y han de llegar a alguna forma de tratar los crímenes y horrores que pertenecen a esa herencia. Esta clase de responsabilidad es la que atrae más la atención no sólo de la meta-historia sino también de la política práctica en el campo de la cultura histórica.

(ad 1) La responsabilidad del historiador por llevar a cabo los propósitos prácticos de la memoria histórica es evidente: la historia es una parte integral de la orientación de la vida cultural. Da un significado a la experiencia de un cambio temporal contingente que capacita a la gente implicada para llegar a acuerdos con ella en sus vidas prácticas. La memoria histórica ha de contribuir a la validación y legitimación del orden de la vida actual. (Esta es la simple razón por la que los estados modernos han instalado la instrucción histórica como un parte necesaria del currículum). Sin historia no hay miembro competente de la vida social y política. La competencia social y política aportada por la historia incluye la habilidad de compartir y soportar una identidad colectiva, contribuyendo a ella y al mismo tiempo consiguiendo dentro de ella un lugar para la identidad personal. La historia es la responsable de la identidad, i.e., de una conexión equilibrada del pasado y las expectativas ante el futuro en la relación que las personas y grupos tienen entre ellos y con otros. Ha de confirmar (o en ciertos casos de crisis de identidad, criticar o deconstruir) los valores de autoestima, distancia de y diferencia de otros en las perspectivas sociales y personales. Esto se consigue con la fuerza corroboradora de la experiencia del pasado. Así, e.g. la responsabilidad de los historiadores en la historiografía del siglo XIX consistió en construir una poderosa identidad nacional. La nueva identidad colectiva, a veces revolucionaria, llamada nación, quedó enraizada en el mismísimo centro del movimiento de las fuerzas de la historia. Heinrich von Sybel, un discípulo de Ranke y representante prominente del historicismo alemán de la escuela prusiana, expresó ese compromiso con la nacionalidad en su lección inaugural «Sobre el estado de la historiografía alemana moderna» (1856):

«Hubo historiadores de todos los partidos pero ya no quedaba ningún historiador objetivo, imparcial de sangre fría y sin nervios. ¡Un progreso altamente relevante! Puesto que es obvio que ningún historiador puede crecer sin una convicción ética, no hay convicción genuina sin una cierta relación con el mundo en el que se mueven las cuestiones de la religión, política y nacionalidad...»³

³ «Es gab Geschichtsschreiber von allen Parteien, aber es gab keine objektiven, unparteiischen, blut- und

Hoy en día muchos historiadores se creen responsables de haber librado a la identidad nacional de sus ataduras tradicionales, uniformidad y agresividad (hacia dentro y hacia afuera) para favorecer una relación más abierta a las diferencias culturales en un sistema político dado. Esto es también verdadero en pro de una visión más amplia de la identidad cultural. La identificación ideológica de la humanidad con los rasgos de la moderna cultura occidental ha recibido una crítica posmoderna que ha de llevar a una nueva percepción de las diferencias culturales y particularidades. Esta crítica busca la responsabilidad del historiador en lo que concierne a la identidad; ha establecido el principio de (mutuo) reconocimiento de las diferencias en cada lugar, cuando tradicionalmente la humanidad solía aceptar los rasgos uniformes de Occidente⁴.

Pero la responsabilidad histórica tiene un lado negativo: si el historiador falla al enfocar las necesidades de orientación de su tiempo en lo que toca al marco temporal de la vida práctica y de la construcción de la identidad, uno puede hablar de irresponsabilidad. Esta irresponsabilidad tiene lugar cuando los historiadores ignoran o suspenden el sistema de valores que ha de ser confirmado y revivido, o cuando lo aplican de forma unilateral a la experiencia del pasado. Por otra parte es irresponsable si el historiador ignora, pasa por alto u oculta ambivalencias o contradicciones en la relación entre experiencia y valores de la memoria histórica.

Hay en este error una irresponsabilidad específica que ha de ser considerada más extensamente puesto que recientemente se ha convertido en un asunto importante de la metahistoria.

El pensamiento histórico es responsable de la habilidad de sus destinatarios para actuar en correspondencia con la experiencia histórica en un marco estable de autoentendimiento. Por consiguiente ha de llevar el peso del pasado hacia una perspectiva de futuro. La memoria histórica, en general, es altamente selectiva y efectiva en olvidar; y eso se puede también aplicar al trabajo elaborado del historiador. Representa el pasado de tal manera que permanece relevante para el presente y se convierte en una parte integral de la orientación cultural de la vida humana. Pero al mismo tiempo se permite que el pasado se olvide parcialmente si no ha logrado pasar el filtro de la relevancia.

Al elaborar y manejar este filtro, que consiste en un sistema de valores y normas, el historiador puede caer en la trampa de la irresponsabilidad. Esta trampa está siempre abierta si algo del pasado relevante para el presente contradice, se opone o estorba la confirmación histórica del sistema de valores de la sociedad del historiador. Se

nervenlosen Historiker mehr. Ein höchst erheblicher Fortschritt! Denn so gewiß der echte Historiker nicht ohne sittliche Gesinnung heranreifen kann, so gewiß gibt es keine echte Gesinnung ohne ein bestimmtes Verhältnis zu den weltbewegenden Fragen der Religion, der Politik, der Nationalität...» (VON SYBEL, H.: «Über den Stand der neueren deutschen Geschichtsschreibung», en *Kleine historische Schriften*, Stuttgart, 1880, p. 354.

⁴ RÜSEN, J.: «Vom Umgang mit den Anderen - zum Stand der Menschenrechte heute», en *Internationale Schulbuchforschung*, 15 (1993), pp.167-178.

tiende a suprimir las experiencias dolorosas que no se pueden dominar, pero aunque estén suprimidas, están influyendo y al mismo tiempo fuera de la conciencia. Es contrario a la responsabilidad histórica admitir y permitir o aún apoyar o tratar de lograr tal supresión. En este caso el trabajo del historiador impide la articulación de una experiencia histórica que es efectiva en el mundo real de su tiempo. Se ha de concluir que pertenece a la responsabilidad del historiador alertar no sólo de esos rasgos del pasado que encajan en la autoestima de los contemporáneos, sino también de las perturbaciones ocultas pero que afectan a su autoestima, que se basan en una experiencia histórica traumática y suprimida.

La responsabilidad histórica incluye la obligación de descubrir –si es posible– las perturbaciones que se van disolviendo en la coherencia temporal de las formas de vida y conceptos de identidad. De una forma metafórica se puede hablar de la función sanadora o terapéutica de la historia de la que son responsables los historiadores.

(ad 2) La segunda dimensión de la responsabilidad histórica está en la relación del pensamiento histórico con el futuro. La orientación histórica incluye directa o indirectamente una perspectiva de futuro de las actividades tópicas. Esta cualidad inherente del futuro en la representación del pasado se puede conceptualizar de distintas maneras: e.g. como una duración de la tradición, como crítica de las formas de vida atrasadas, o como una perpetuación de sus desarrollos. Hoy podemos observar la conciencia creciente de la gente respecto a las futuras condiciones de vida de sus vástagos. Esta conciencia se inicia con los amenazadores problemas ambientales: una simple continuación y ampliación de la explotación de la naturaleza que domina hoy en día destruirá inevitablemente las condiciones naturales de la vida humana en el futuro. La responsabilidad de preservar la naturaleza para futuras generaciones tiene consecuencias en el pensamiento histórico que aún no han sido suficientemente discutidas. El futuro se está convirtiendo en un aspecto enfatizado y elaborado de tratar el pasado para ponerse de acuerdo con la vida del presente.

A partir de aquí, la responsabilidad histórica de la perspectiva futura de la vida humana se guía por un sistema de esperanzas y amenazas. Un compromiso con estos valores permite al trabajo histórico, en su función práctica, divulgar habilidades y oportunidades a través de la representación del pasado. Se puede perder este logro si falla al orientar su interpretación de la experiencia histórica hacia la espontaneidad de la actividad humana, i.e. al punto mental donde las acciones consiguen su dirección intencional. Entonces cada elemento del compromiso ético sería desechado de la perspectiva futura. Este es el caso si el historiador presenta el pasado como una predestinación cerrada del futuro, de manera que el futuro no es más que una consecuencia necesaria o una simple extrapolación de condiciones ya dadas en el pasado o establecidas por las actividades del presente. Entonces no hay necesidad de más compromisos éticos. En este caso una gran parte del potencial de la actividad humana es excluido por esta orientación histórica: sólo advierte a los actores de que sigan el curso predeterminado de la historia. Los conceptos del desarrollo, que están moldeados como leyes de la naturaleza, son ejemplos de esta irresponsabilidad.

Pasado y futuro se sueldan en una cadena del tiempo sin roturas y sin lugar para las valiosas transformaciones generadas ni para refutaciones críticas de desarrollos pre-determinados.

Este irresponsable concepto del futuro que como consecuencia necesaria del pasado da a la actividad humana la convicción de ser capaz de dominar el pasado en analogía al dominio de la naturaleza por la tecnología. Esta convicción puede elevar la autoestima de los actores hasta fantasías de omnipotencia: hasta pensar que pueden gobernar el curso de la historia al conocer completamente sus leyes de evolución. Al mismo tiempo esto debilita su identidad al privarse a sí mismos de la libertad de negar y trascender las limitaciones que el pasado ha puesto a las posibilidades de la vida futura.

(ad 3) La tercera dimensión de la responsabilidad histórica se relaciona con el pasado mismo. Aquí el sistema de valores de la interpretación histórica se refiere al sistema de valores, acciones u omisiones de la gente que es sometida a interpretación. Este parece ser un pensamiento asombroso e inusual, puesto que el pasado no existe y su representación con propósito de reorientación del hoy es una cuestión del sistema de valores de esta orientación.

Pero mi postura es que este mismo sistema de valores tiene una relación a valores y normas efectivas en las actividades de la gente que ha fallecido. Esta relación es asunto de la responsabilidad de los historiadores porque es parte integral del caso del que sienten que son responsables y que utilizan para justificar su trabajo.

En este sentido, un simple ejemplo de la forma habitual de proceder del pensamiento histórico podría ser el orgullo que la gente siente debido a los logros conseguidos en el pasado por sus antecesores. Piensan en esos logros como si hubieran sido realizados por ellos mismos. Otro ejemplo sería el representado por las múltiples formas de cultivar las tradiciones. En este caso, el sistema de valores del pasado alojado en las formas actuales de vida se reconoce como aún vinculante. Es válido porque ya lo ha sido; el pasado alcanza al sistema de valores del presente y quienes viven de acuerdo con ese sistema se sienten asimismo responsables del pasado que es parte de sus vidas presentes. Sin esa responsabilidad y las actividades relacionadas con su cultivo, la fuerza orientadora de la tradición desaparecería. Una parte importante del trabajo de los historiadores está dedicado a este cultivo –al menos la producción del conocimiento que es parte integral de los libros de texto de educación general–.

Una forma elaborada de este compromiso y responsabilidad con el pasado es la veneración de los ancestros en las sociedades arcaicas. Cada compromiso con los orígenes (como se pueden hallar en muchas formas de comunidades) implica una relación normativa con el pasado que lo mantiene históricamente presente. Aquí no es el sistema de valores del presente el que da al pasado los rasgos vitales, sino que es el sistema de valores del pasado el que, al cultivarlo, da vitalidad y poder de persuasión a los rasgos del orden de la vida actual.

Esta responsabilidad está habitualmente relacionada con los logros del pasado que se han convertido en parte integral del orden de la vida de hoy en día. La afirmación hace que seamos conscientes de la responsabilidad. Pero hay otra posibilidad de responsabilidad: lo contrario de la afirmación. En este caso los historiadores se sienten responsables de actividades que niegan su propio sistema de valores y perturban el orden de la vida del que forman parte. Debido a que la función prevalente del trabajo del historiador –proveer de identidad personal y colectiva con estabilidad en el tiempo que cambia–, esta responsabilidad puede con facilidad ser pasada por alto y con frecuencia falta en las prácticas efectivas de la cultura histórica. Pero al menos en los tiempos recientes se puede observar una creciente importancia de esta responsabilidad hacia esa oscura y pesada parte del pasado. Por ejemplo elegir un estado de victimismo al presentar la propia identidad histórica en la lucha política por el poder y el reconocimiento. Otro ejemplo es la creciente importancia de las peticiones oficiales de perdón por crímenes o fechorías que su propio pueblo o nación ha cometido contra otros en el pasado. Tales disculpas han llegado a ser parte simbólica de la política exterior o doméstica. ¿Qué clase de responsabilidad histórica vemos aquí y cómo es posible ser responsable y sentirse responsable de algo del pasado que no ha sido hecho por esos a quienes se atribuye esa responsabilidad y que sin embargo están dispuestos a aceptarla?

Esta pregunta nos lleva al campo de la ética en el trabajo del historiador, que vale la pena considerar con detenimiento, puesto que contradice la opinión ampliamente compartida por los intelectuales (incluidos, naturalmente, los metahistoriadores) de que la historia es una invención y una atribución. En esta opinión nada se nos puede atribuir, y ninguna responsabilidad se puede sentir por lo que nosotros mismos nunca hicimos ni intentamos hacer. Pero este mensaje del pasado, dirigido a la gente del presente con quienes está conectado objetivamente, puede fallar. Entonces podemos hablar de irresponsabilidad histórica con respecto a un compromiso constitutivo de los historiadores relacionado con la dimensión normativa de pasadas actividades. Tal irresponsabilidad puede darse de una manera doble: el pasado es considerado o como una causalidad inevitable del destino no solamente para nosotros, que estamos condicionados por él, sino también para aquellos que vivieron en él, o bien es considerado como insignificante y carente de sentido para la evaluación que los historiadores persiguen después. En ambos casos cualquier calificación ética o moralidad del pasado como instancia para la responsabilidad histórica se ha disuelto, en una relación puramente causal o hasta en una acumulación de hechos sin significado. Entonces cualquier evaluación responsable que tenga lugar después no es nada más que una retroproyección de sentido o importancia por parte del historiador. El pasado en cuanto tal se ha cosificado o convertido en un conjunto de hechos congelados y toda su relevancia e importancia para la orientación de las actividades del presente y prácticas de formación de identidad es una contribución del presente a la experiencia del pasado. La irresponsabilidad histórica entonces quiere decir que la gente del pasado ha sido desposeída de su dignidad de elección o libertad. Los pro-

cedimientos de evaluación para conseguir que el pasado tenga sentido se hacen en pura arbitrariedad, descuidando el hecho de que los mismos historiadores que están evaluando se basan culturalmente en fundamentos de sentido y significado que han sido puestos bajo sus pies por gentes del pasado. Esta irresponsabilidad puede ser superada solamente cuando los historiadores devuelven al pasado la característica de oportunidad y contingencia en tanto que condiciona las circunstancias de la vida actual, y enfrentarse a él con acciones responsables.

Intersubjetividad temporal como base para la responsabilidad histórica.

Los historiadores no son responsables, desde luego, de lo que sucedió en realidad. Su responsabilidad está relacionada con la interpretación de los hechos como condición necesaria para la efectividad en la orientación cultural de las actividades del presente. Al interpretar esos hechos, ellos extraen su significado crítico y al hacerlo utilizan criterios de sentido histórico que incluye valores y normas. Estos valores y normas constituyen su responsabilidad. Responsabilidad histórica del pasado quiere decir que el conjunto de normas y valores del historiador es parte del pasado que interpretan con ellas. En este aspecto el pasado es una predeterminación moral de las intenciones de las actividades del presente. Es un legado ético, ya incluido en el marco cultural de la vida corriente. Los historiadores han de tomarlo para llegar a ser conscientes de la constitución cultural y propia y de su mundo.

En este aspecto –por supuesto sólo parcialmente–, el pasado determina la contemporaneidad de los historiadores. Si esto es verdad, los historiadores deben elevarse hasta la altura normativa de esta contemporaneidad del pasado. Y – en el caso de valores negativos– tienen que dejarse caer en las profundidades de los errores del pasado que pertenecen al legado normativo de su propio tiempo. Hay varias posibilidades de asumir esta responsabilidad del pasado: (a) haciendo justicia a los muertos; (b) aceptando la herencia normativa, los logros y las ofensas, incluso los crímenes de generaciones pasadas por las últimas; y (c) haciéndose a sí mismos destinatarios de las esperanzas y amenazas de la gente del pasado. Esta última posibilidad la expresa la palabra de Walter Benjamin *Wir sind erwartet worden [se nos aguardaba]*⁵. En este punto, la presencia ha de liquidar el pasado.

Las tres posibilidades dependen de una relación fundamental entre la gente que actúa y sufre en el pasado y el presente en el mismo nivel, donde los compromisos normativos han sido efectivos y donde se forma su identidad personal y social.

(ad a) Esta relación se cuestiona cuando la exigencia de justicia hacia los muertos es respondida desde fórmulas historicistas. Afirma que la gente del pasado sólo puede ser evaluada de acuerdo con su propio sistema de valores. Esto es verdad en el sentido de que sin referirse a su propia visión del mundo y entendimiento de sí mismos la evaluación no es justa; nosotros perceptiblemente la llamaríamos a-histórica. ¿Pero

⁵ BENJAMIN, W.: «Über den Begriff der Geschichte», en *Gesammelte Schriften*. Bd. 1. Frankfurt am Main, 1991, p. 694.

quiere esto decir, e.g. que los crímenes nazis pierden su carácter malvado puesto que fueron cometidos de acuerdo con la ideología nazi? Debe haber algo entre el horizonte normativo y el sistema de valores del pasado y el presente que medie de manera que sea posible la justicia para con los muertos tomando en cuenta sus valores al mismo tiempo que los valores y orden de vida del tiempo del historiador.

La historia misma, como desarrollo temporal del pasado al presente, implica mediación. Unifica a los diferentes agentes en una intersubjetividad temporal (o una subjetividad temporalmente comprensible que hila juntos los dos sistemas de valores en una unidad normativa y obligatoria a lo largo del cambio del tiempo).

Un ejemplo muy simple de esta conexión temporal y de su coherencia normativa es la afirmación «*Nie wieder!*» (*Never again, Nunca más*), que combina el pasado del Holocausto con la presencia de su evaluación histórica⁶. En la palabra «*wieder*» está implícita la extensión temporal de este juicio.

Se dan, por supuesto, otras relaciones de sistemas de valores mucho más complejas en su carácter de intersubjetividad temporal, tales como:

- una continuidad de la validez del mismo sistema de valores.
- una validez supratemporal de los principios generales.
- una extensión genética del cambio de valores tales como el proceso de universalización o individualización de los valores⁷.

Hacer justicia a los muertos supone que dos sistemas de valores, el del que juzga y el del que es juzgado, se fusionan en un todo temporal que sirve como instancia de responsabilidad y juicio.

(ad b) Asumir la herencia del pasado parece no ser un problema mientras sea valioso para el propio orden de vida. No hay problema en integrar a los actores que han producido esta herencia en un «nosotros» temporal y comprensivo «nosotros». Si los resultados del pasado pertenecen al orden de vida del historiador, se atribuyen a sí mismos la cualidad moral de estas actividades. El «sí mismo» del descendiente se mezcla con el «sí mismo» de los ancestros en una intersubjetividad temporal de una identidad histórica. Tal adscripción es mucho más difícil si la herencia tiene un carácter criminal. Sin embargo, en tal caso, se aplica el término «responsabilidad histórica» frecuentemente acompañado con el término «vergüenza»⁸.

Es el caso de los alemanes con respecto al Holocausto. Las generaciones posteriores a 1945 no pueden ser responsabilizadas de los crímenes de sus padres y abuelos,

⁶ ADORNO, T. W.: «Was bedeutet Aufarbeitung der Vergangenheit?», en *Eingriffe. Neun kritische Modelle*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1963, pp.125-146.

⁷ RÜSEN, J.: «The development of narrative competence in historical learning: an ontogenetical hypothesis concerning moral consciousness», en J. Rüsen, *History: Narration – Interpretation – Orientation*, New York, Berghahn Books, 2004.

⁸ WAGNER, I.: «Historischer Sinn zwischen Trauer und Melancholie: Freud, Lacan und Henry Adams», en K. E. Müller y J. Rüsen (eds.), *Historische Sinnbildung. Problemstellungen, Zeitkonzepte, Wahrnehmungshorizonte, Darstellungsstrategien*. Reinbek (Rowohlt), 1997, pp. 408-432.

pero los sensibles miembros de esta generación inocente tienen un sentimiento no claro de responsabilidad y vergüenza⁹. Esta aplicación presupone una transferencia intergeneracional de reponsabilidad entre las diferentes instancias de responsabilidad para las generaciones anteriores y siguientes forjando una intersubjetividad completa que llena el vacío de la culpa y la inocencia.

(ad c) El dictum de Benjamin de que «*se nos aguardaba*», es la otra parte de la misma moneda. Aceptando la herencia ética del pasado en su condicionamiento del orden de vida presente – ya sea valiosa o pesada – es una forma de vivir la vida de los muertos en la posteridad. Significa luchar con su culpa, ser movido por sus esperanzas y miedos y basarse en sus logros. Esta transferencia no es directa, naturalmente, está mediatizada, rota, influenciada y cambiada por incidentes que intervienen. La aceptación de que pertenece a nuestra responsabilidad histórica, el adscribir las esperanzas y amenazas, los logros y fallos de las generaciones pasadas a la orientación de nuestra propia vida puede ajustarse a la idea de que el futuro puede redimir al pasado. En lo que concierne al trabajo específico del historiador, esta idea y esta responsabilidad puede ser plausible en una argumentación epistemológica: lo que el pasado – en palabras de Ranke– «*eigentlich gewesen*»[*lo que propiamente fue*], depende parcialmente de nuestra interpretación y a la luz de los tiempos posteriores las cosas parecen diferentes de lo que parecían para los que vivieron con ellas. Por ello, «*lo que efectivamente sucedió*» es un tema no de una simple reproducción de hechos, sino también de su interpretación. El conocimiento de lo que realmente pasó y las intenciones de recordar guiadas por valores, desempeñan un papel importante en la interpretación. En su núcleo, la historia tiene una característica escatológica (más allá de la religión, simplemente por epistemología).

Pero es solamente bajo la condición de la intersubjetividad temporal, que este cambio del pasado, después de que efectivamente sucediera, tiene la oportunidad de consolidarse, e incluso de reconciliarse. Al menos, este cambio posterior tiene que estar implicado o hasta insertado en el pasado a través de las intenciones, interpretaciones, y por los sufrimientos y acciones de aquellos que lo propiciaron. Y esta implicación e inversión ha de ser identificada como un rasgo antropológico en todos los cambios del mundo humano producidos por la actividad humana y el sufrimiento.

Aquí entramos en el reino de la metahistoria, donde la ética del trabajo del historiador revela la filosofía de la historia como su propia condición de posibilidad, filosofía de la historia en forma de antropología del cambio temporal, en el que el cambio, alteración y diferencias relacionadas y diversidades abogan por la unidad de la humanidad y su intersubjetividad interna y los valores de lo humano. No es mi intención exponer tal antropología de la historia. Pero sin al menos algunas consideraciones de la posibilidad de intersubjetividad temporal, toda mi argumentación res-

⁹ RÜSEN, J.: «Holocaust-Memory and German identity», en J. Rüsen, *History: Narration – Interpretation – Orientation*, New York, Berghahn Books, 2004.

pecto a la posibilidad histórica dirigida a las actividades pasadas y futuras y las intenciones de sus actores, carecería de un fundamento tanto teórico como empírico.

¿Es este concepto de intersubjetividad solamente una proyección, una ampliación inventada del alcance de nuestra propia identidad más allá de los límites del nacimiento y la muerte? Me gustaría preguntar si hay algo «real» o no en la conexión temporal entre la gente en el pasado, presente y futuro. Se puede formular, metafóricamente, de la siguiente manera: ¿Qué clase de entidad humana corresponde a la inclusión de generaciones pasadas y futuras en la responsabilidad histórica? ¿Puede uno hablar de algo como un «cuerpo» mental de seres humanos que incluya el tiempo?

Para aproximarnos a esta idea de «cuerpo» primero he de separar de él la dimensión de futuro. No hay un futuro «real» en el sentido de realidad que el pasado tiene en su manifestación empírica. El futuro es – como ya he mostrado – una simple extrapolación de condiciones preconcebidas y una determinación cerrada del desarrollo en forma de predicción con altas probabilidades, contra la idea de responsabilidad. Un futuro del que uno pueda ser responsable es una dimensión de la actividad intencional dirigida por valores: puede hacerse plausible con la argumentación de que el proyecto en curso de desarrollo corresponde con una línea de desarrollo en el pasado y con la experiencia del poder de la acción humana. Uno puede decir que la dimensión futura de la intersubjetividad temporal es la conclusión abierta de la conexión del pasado y el presente. Es tan «real» cuanto que el punto que la dirección del desarrollo pretendido – previsto e iniciado por la propia actividad en el nombre de generaciones aún no nacidas – corresponde con la conexión «real» entre pasado presente con su carga de experiencia y vida real.

En consecuencia, ¿cuál es la realidad de esta conexión en la responsabilidad histórica? Contestaré apuntando tres ejemplos históricos y después discutiendo el concepto tópico de «*Erinnerungsgemeinschaft*» (sociedad de recuerdos, de conmemoraciones) y finalmente indicando el uso del psicoanálisis para ir un paso más allá.

La intersubjetividad temporal como fundamento de la responsabilidad, que constituye su carácter histórico, i.e. su carácter temporal de extensión hacia el pasado y hacia el futuro, es un fenómeno cultural establecido. En sociedades primitivas se define como parentesco y se conceptualiza como etnia. La etnia constituye la responsabilidad de cada miembro (en la diferenciación social) por las acciones de todos los otros a través del curso del tiempo. Enemistades con mucho derramamiento de sangre son ejemplos bien conocidos de esta responsabilidad de larga duración de los vástagos por sus ancestros. Otra intersubjetividad temporal está constituida por la fe religiosa que lleva a la gente de hoy a la responsabilidad por el sistema de valores y su realización o fracaso. En la Cristiandad e.g. los límites naturales de la identidad histórica fueron trascendidos a una esfera espiritual de «estar juntos» (*togetherness*) –*corpus mysticum christianorum*–, que para los creyentes fue una realidad social a la que podían sacrificar sus vidas o estaban dispuestos a matar a otros.

Mi tercer ejemplo es muy moderno: el de la nacionalidad. Nación es un «cuerpo» de intersubjetividad temporal con un poder enorme para construir identidades y orientar normativamente la vida política. La filosofía romántica atribuyó a este cuerpo una entidad metafísica llamada *Volksgeist*, que es un equivalente invisible de los lazos naturales de parentesco y como la mayoría de los demás conceptos de la intersubjetividad temporal sigue la lógica del etnocentrismo con su poder sobre la vida y la muerte¹⁰.

La creencia en esta entidad metafísica se ha desvanecido hoy entre los intelectuales, pero el concepto de un cuerpo mental de gente que incluye una larga cadena de generaciones todavía está vivo e.g. en la idea común de «los» chinos o indios o la cultura occidental o de una forma más elaborada «un código cultural profundo»¹¹. Un concepto preferido sucesor de *Volksgeist*, es el concepto de *Erinnerungsgemeinschaft* (comunidad de memoria, de recuerdos). Este término confirma el carácter mental o aún espiritual del sentimiento de «estar juntos» en ese «cuerpo», pero le pone una valla que rodea el estrecho borde del procedimiento mental de hoy día – pasado y futuro han perdido su propio peso (o su dignidad, se podría decir) a favor de una simple proyección ficticia o *invención*–. Lo que se pasa por alto es el hecho de que no es la memoria lo que constituye ese *estar juntos (togetherness)* sino los incidentes reales de importancia normativa y poder cultural los que constituyen la memoria.

Se mantiene abierta la cuestión de si hay una clase de substrato que mentalmente constituye la responsabilidad más allá de las intenciones morales de la actividad y sufrimiento humanos y su instancia de juicio y justificación. Pero los actos de aceptación de la responsabilidad en una relación obligatoria con las generaciones anteriores y posteriores están basados al menos en una relación intergeneracional de actividad humana. Esto es una trivialidad psicoanalítica. El psicoanálisis nos ha dicho (y la metahistoria lo está aprendiendo) que la generación más vieja siempre se ha convertido ya en parte de la organización mental de la más joven y que los sentimientos, convicciones de compromisos y responsabilidad están siempre constituidos por esta presencia del pasado. El mismo Freud especuló sobre un hecho arcaico que constituyó la cultura humana y se repite mentalmente por cada generación desde entonces¹².

¹⁰ Un reciente ejemplo de esta clase de pensamiento en los estudios históricos es Daniel J. Goldhagens en su interpretación del Holocausto. El vitalizó el concepto etnocéntrico con su idea de un «código cultural» que predestina la actividad política de los alemanes como nación a convertirse en asesinos de los judíos. El combina este concepto de intersubjetividad cultural alemana con un acercamiento fuertemente etnocéntrico (en un amplio sentido de la palabra) a políticas de identidad: confirmando su propia identidad por una demarcación estricta de su propia pertenencia al mundo civilizado que difiere del mundo de «los otros» («los alemanes») como de bárbaros. Mi crítica en RÜSEN, J.: «Goldhagens Irrtümer», en J. Rüsen, *Zerbrechende Zeit. Über den Sinn der Geschichte*, Köln, Böhlau, 2001.

¹¹ RÜSEN, J.: «Theoretical Approaches to an Intercultural Comparison of Historiography», en J. Rüsen, *History: Narration – Interpretation – Orientation*, New York, Berghahn Books 2004.

¹² FREUD, S.: *Totem und Tabu. Einige Übereinstimmungen im Seelenleben der Wilden und der Neurotiker*, Frankfurt am Main, Fischer Bücherei, 1964.

C.G. Jung desarrolló una teoría de arquetipos que no sólo provee a la acción humana de tendencias y patrones fundamentales y comprensivos de interpretación, comunes a todos los seres humanos (constituyendo así la humanidad como entidad psíquica), sino que al mismo tiempo constituye hasta el cambio cultural y el desarrollo¹³. Aquí veo un punto de partida para conseguir un sólido concepto de intersubjetividad a lo largo de las líneas de conexión intergeneracionales de la cultura y la mentalidad. Con la ayuda del psicoanálisis puede llegar a ser posible conseguir una penetración más profunda en la naturaleza psíquica y espiritual del cuerpo en el que la responsabilidad histórica tiene una fuerza vital¹⁴.

Dos formas de hacer irresponsable a la Historia.

Hasta ahora he tratado del *trabajo de los historiadores* sin ninguna especificación referente a su estatus cognitivo, y he puesto (unos pocos) ejemplos de varios campos de la cultura histórica. Pero el pensamiento histórico moderno tiene un carácter específico debido al proceso comprensivo de racionalización: ha promovido estudios históricos como una disciplina académica *científica* (en alemán, *Wissenschaft*) con una justificación elaborada. Esto hace fundamentalmente problemática la responsabilidad histórica como he estado tratando hasta aquí.

La racionalización del trabajo histórico puede ser entendida, y lo ha sido, como un cambio en su lógica que promueve la responsabilidad como una materia ética de las actitudes de los historiadores hacia el pasado y fuera de su conciencia. El «*valor libertad*» y «*objetividad*» son los términos característicos de esta nueva lógica. Consiste en un procedimiento cognitivo de adquisición de conocimiento histórico a través de un proceso de investigación reglamentado metódicamente. La responsabilidad de los historiadores para advertir conjuntos preexistentes de valores y normas culturales en su representación e interpretación del pasado es reemplazado ahora por su responsabilidad de seguir reglas metódicas de investigación que dan a su trabajo el estatus lógico de validez intersubjetiva que con frecuencia ha sido llamado «objetividad». El conocimiento histórico ha de ser verdadero a pesar y más allá de las diferentes posturas contradictorias de la vida social y política y su correspondiente sistema de valores y perspectivas. El compromiso ético es una cuestión de decisión personal extra-disciplinaria, de convención social y de actitudes de los historiadores y su audiencia. El énfasis en el método racional apunta completamente en otra dirección: usar nociones claramente definidas y aún conceptos teóricos para relatar las afirmaciones históricas de una forma sistemática y contrastable con la experiencia del pasado (preincluidas en los materiales de las fuentes históricas) y para formar narrativas históricas en un discurso argumentativo.

¹³ JUNG, C. G.: *Seelenprobleme der Gegenwart*, München, Deutscher Taschenbuchverlag, 1991; NEUMANN, E.: *Ursprungsgeschichte des Bewusstseins*, Frankfurt am Main, Fischer Taschenbuchverlag, 1986.

¹⁴ La discusión teórica sobre la relación intergeneracional SCHNEIDER, C., STILLKE, C. y BERND, L.: *Das Erbe der Napola. Versuch einer Generationengeschichte des Nationalsozialismus*, Hamburg, Hamburger Edition, 1996.

Max Weber nos ha dado una descripción clásica de esta nueva estrategia del pensamiento histórico: permanece relacionado con los valores y las normas, puesto que el tema está constituido por ellas, pero el acercamiento científico las mantiene en el estatus de hechos que han de ser interpretados por modos analíticos de explicación¹⁵. Hablar de la responsabilidad de los historiadores sobre los valores y normas y correspondientes puntos de vista y perspectivas incluyendo su identidad cultural, es irrelevante para la validez del trabajo histórico: «Es y permanece verdadero que una argumentación metódica correcta en el campo de las ciencias sociales ha de ser aceptada hasta por un chino, si tiende a alcanzar su objetivo...»¹⁶

Bajo esta concepción de los estudios históricos, el compromiso con los valores es expulsado más allá de las normas de investigación. La formación de la imagen del pasado por los valores ya no se ve como relacionada con los principios de responsabilidad ética y justificación normativa, sino simplemente como fundada en un acto irracional de decisión. Ahora bien, la instancia de responsabilidad y justificación se ha convertido en una reclamación de verdad que se coloca, lógicamente, más allá de cualquier compromiso ético; es solamente una cuestión de información sólida del pasado y de explicación que debe ser contrastada por la experiencia y coherencia lógica.

Así pues, esta forma de comprensión de los estudios históricos cambia el papel representado por los valores y el proceso narrativo de generación de sentido al tratar del pasado. El proceso de transformar los incidentes del pasado en una historia que tenga sentido y significado para hoy tiene lugar en la parte oscura de la irracionalidad. Esta irracionalización ha sido confirmada y así la irresponsabilidad de la racionalidad metódica ha sido justificada por el giro lingüístico de la metahistoria. Ha tomado el principio de generación de sentido no-metódico y no-racional por la narración y ha explicado su carácter poético. Los rasgos de la historia, en los que el pasado se hace una parte integral de la orientación cultural de la actividad humana y de formación de la identidad personal y social, se ven como resultado de una creación poética o estética del historiador, una *invención* no relacionada en absoluto con instancias de responsabilidad y justificación. Una forma narrativa envolvente reemplaza o deconstruye la idea de verdad y su reivindicación de una racionalidad metodológica.

De esta forma, la experiencia histórica se deshace de todo poder normativo reconocible en el trabajo del historiador. La dimensión ética del pensamiento histórico

¹⁵ BARRELMeyer, U.: *Geschichtliche Wirklichkeit als Problem. Untersuchungen zu geschichtstheoretischen Begründungen historischen Wissens bei Johann Gustav Droysen, Georg Simmel und Max Weber*, Münster, LIT Verlag, 1997.

¹⁶ «Es ist und bleibt wahr, daß eine methodisch korrekte wissenschaftliche Beweisführung auf dem Gebiete der Sozialwissenschaften, wenn sie ihren Zweck erreicht haben will, auch von einem Chinesen als richtig anerkannt werden muß.» (WEBER, M.: «Die 'Objektivität' sozialwissenschaftlicher und sozialpolitischer Erkenntnis», en ders. *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre*, 3. A., J. Winckelmann (ed.), Tübingen, 1968, pp. 146-214. English translation en WEBER, M.: *The Methodology of the Social Sciences*, en A. Shils Edward y H. A. Finch (eds.), New York, The Free Press, 1949; partly en «Objectivity' in Social Science», en WEBER, M.: *Sociological Writings* [n. 1], pp. 248-259, cita J. Winckelmann p. 155).

se disuelve en una forma narrativa de representación. La objetividad se ve como un velo de auto-decepción epistemológica extendido sobre los únicos procedimientos efectivos de generación de sentido por medios exclusivamente lingüísticos más acá de cualquier control de la experiencia o racionalidad explicativa. Aquí tenemos la irresponsabilidad en la parte opuesta del racionalismo modernizador y de la competencia erudita de los historiadores que han hecho de la historia una disciplina académica.

En busca de la responsabilidad como acto de interpretación metódica.

La racionalización de los estudios históricos a través de la irresponsabilidad no quiere decir que el trabajo del historiador dejara de observar propuestas orientativas. Al contrario: continuó haciéndolo en la medida que pasó a usar formas narrativas. Lo que fue modificado fue la correspondencia entre la forma racionalidad y metódica de tratar la experiencia del pasado, por una parte, y el uso de normas y valores al cincelar la imagen del pasado e insertarla en el marco cultural de la vida práctica.

El trabajo del historiador ha ganado un estatus cognitivo más alto de validez respecto a la digestión de la experiencia, su horizonte temporal y su complejidad explicativa. En el nivel del análisis metahistórico ha ganado una penetración más profunda en los medios lingüísticos poéticos y retóricos de representar el pasado como historia. La fuerza metódica de la investigación y su éxito en aportar sólido conocimiento histórico aun ha mediado con el uso de normas y valores para formar la imagen del pasado como historia, por el trabajo mental de la conciencia histórica del historiador.

Tampoco ha sido suficientemente reconocida esta dimensión de la historia en la nueva concienciación de los procedimientos narrativos que generan sentido histórico. Así la responsabilidad, como un factor consciente del trabajo histórico, ha desaparecido bajo el velo de la investigación metodológica y lingüística de la representación histórica. ¿Cómo puede ser retomada en la búsqueda reflexiva y concedora de una operación mental?

La respuesta es: la hermenéutica como procedimiento cognitivo. Penetra en la operación de investigación¹⁷ así como en los procedimientos narrativos que dan forma al pasado como historia. Es en el acto de entender donde tiene lugar la intersubjetividad temporal y donde se puede realizar. En este acto de entendimiento la subjetividad se mezcla con la subjetividad entendida de actividades pasadas. Se manifiesta en esta fusión de la parte interna de la cadena histórica entre el pasado, presente e (indirectamente) futuro. Así se hace visible el «cuerpo» temporal que comprende la unidad de generaciones aun con la diferencia de sus vidas distintas. ¿Puede conseguirse esto mediante un procedimiento metódico?¹⁸

¹⁷ El título de libro esencial de GADAMER, H.-G.: *Wahrheit und Methode*, Tübingen, Mohr/Siebeck, 1960, apunta en esta dirección (que corresponde a la tradición de la metodología en las humanidades), desafortunadamente todo el libro niega el «und» (y), y está a favor del «oder»(o).

¹⁸ RÜSEN, J.: *Rekonstruktion der Vergangenheit. Grundzüge einer Historik II: Die Prinzipien der historischen Forschung*, Göttingen, 1986; y LORENZ, C.: *Konstruktion der Vergangenheit. Eine Einführung in die Geschichtstheorie*, Köln, 1997.

Mi respuesta es sí, pero sólo si ampliamos el concepto de método. En los tiempos premodernos método significaba la manera de formar conocimiento del pasado en una sólida representación histórica. Hoy lo llamamos forma narrativa. «Método» respecto a esta forma quiere decir que ha de ser realizado por el uso de reglas sólidas o principios de intersubjetividad. Estos principios se pueden identificar: primero como principios de solidez empírica y teórica garantizada por la investigación, y segundo, como principios éticos de responsabilidad. Las cuestiones de principios son un asunto de razón. Me gustaría nombrar esos principios del trabajo del historiador. Coinciden con los criterios de sentido de la narración histórica. Cuando se trata de la experiencia del pasado, funcionan como reglas de entendimiento. (Incluyen la reconstrucción analítica de las condiciones y circunstancias de la actividad humana en el pasado y también sus cambios no intencionados). En el asunto de la representación funcionan como reglas retóricas para dirigirse a aquellos que necesitan que la historia llegue a acuerdos con su mundo, con ellos mismos y con los otros, con aquellos con los que viven.

Es insuficiente entender sólo los trucos lingüísticos para hacer que la gente vuelva hacia la dirección normativa de su actividad a través de estas reglas. Como principios de persuasión incluyen la racionalidad de la argumentación. Pertenece a esta racionalidad explicar, reflejar y justificar las normas y valores en cuestión y si el trabajo del historiador reclama la verdad elaborada, esta reflexión debiera llevar a una conceptualización teórica como marco de la argumentación retórica. La investigación como tratamiento metódico de la experiencia del pasado ha de ser hecha siempre en ese marco. Y pertenece a su racionalidad metódica usarlo de una forma explicada por la teorización. Lo mismo debería aplicarse al marco de la argumentación retórica. Ambos marcos revelarán un gran campo de intersección; no se contradirán unos a otros sino que, por el contrario, son complementos necesarios. Supongo que la ya mencionada antropología de la intersubjetividad temporal de la acción humana en el cambio de tiempo puede servir como tal marco. Aquí la razón teórica y práctica al hacer historia se hacen visibles como dos caras de la misma moneda.